





**LOS SECRETOS DEL  
KREMLIN**

**A**



**BERNARD LECOMTE**

**LOS SECRETOS DEL  
KREMLIN**

Traducción de Paula Mahler

 *Editorial El Ateneo*

Lecomte, Bernard

Los secretos del Kremlin / Bernard Lecomte. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2017.  
368 p. ; 23 x 16 cm.

Traducción de: Paula Mahler.  
ISBN 978-950-02-9981-7

1. Historia. 2. Rusia. I. Mahler, Paula, trad. II. Título.  
CDD 947.08

*Los secretos del Kremlin*

Título original: *Les secrets du Kremlin*

Autor: Bernard Lecomte

© Editions Perrin, 2016

Traductora: Paula Mahler

Derechos exclusivos de edición en castellano para América Latina

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2017

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elatenio.com - www.editorialelateneo.com.ar

1ª edición: junio de 2017

ISBN 978-950-02-9981-7

Impreso en Grupo ILHSA S. A.,  
Comandante Spurr 631, Avellaneda,  
provincia de Buenos Aires,  
en junio de 2017.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.  
Libro de edición argentina.

# Índice

## Prólogo

De Rasputín a Putin. . . . .	9
1. ¡Hay que matar a Rasputín! <i>¿El herético mujik precipitó a Rusia a la revolución? . . . . .</i>	13
2. La toma del Palacio de Invierno <i>¿Acaso la Revolución de Octubre no fue otra cosa que un sórdido golpe de Estado? . . . . .</i>	35
3. El crimen de la casa Ipátiev <i>¿La familia de Nicolás II fue asesinada en Ekaterimburgo? . . . . .</i>	57
4. Trotski, ese perro rabioso... <i>Cómo Stalin eliminó al más peligroso de sus rivales . . . . .</i>	81
5. Hitler-Stalin: una alianza inverosímil <i>Por qué el jefe del comunismo mundial eligió pactar con el diablo . . . . .</i>	103
6. Katyn, la mentira del siglo <i>Cómo Stalin negó hasta el final uno de sus crímenes más grandes. . . . .</i>	125
7. De Gaulle en el Kremlin <i>Cómo Stalin recibió en Moscú al jefe de la Francia libre . . . . .</i>	147
8. Triste fin para un tirano <i>¿Murió realmente de hemorragia cerebral Iósif Stalin? . . . . .</i>	173

9. Un desertor llamado Kravchenko <i>Cómo un simple ingeniero rompió la imagen de la Unión Soviética en el mundo . . . . .</i>	193
10. La segunda muerte de Iósif Stalin <i>Cómo el “informe secreto” de Jruschov desencadenó la desestalinización . . . . .</i>	213
11. La caída del señor J <i>Cómo se sacaron de encima al jovial Nikita Jruschov en octubre de 1964 . . . . .</i>	233
12. ¿Quién era realmente Yuri Andropov? <i>¿Quién se ocultaba detrás del ex jefe de la KGB que sucedió a Brézhnev? . . . . .</i>	255
13. “Farewell ya no responde” <i>Cómo atravesó el espionaje francés los secretos de la KGB en 1981-1982 . . . . .</i>	277
14. El golpe final <i>Cómo un puñado de conservadores precipitó el final de la Unión Soviética . . . . .</i>	301
15. El asombroso error de Mitterrand <i>Cómo el presidente francés se equivocó sobre el fin de la Unión Soviética . . . . .</i>	325
16. ¿De dónde salió Vladimir Putin? <i>Cómo el presidente ruso fue el todo por el todo inesperado de Boris Yeltsin . . . . .</i>	347

## Prólogo

# De Rasputín a Putin

“Rusia es un acertijo envuelto en un misterio dentro de un enigma”.

WINSTON CHURCHILL

En 1917, se produjo uno de los acontecimientos más importantes de los tiempos modernos: la Revolución de Octubre. La toma del Palacio de Invierno por parte de los bolcheviques, en Petrogrado, dio el tono de un siglo de furor, violencia, sufrimientos, valentía, locura, gritos, mentiras y lágrimas. No terminamos de preguntarnos cómo un puñado de “revolucionarios profesionales” –la expresión pertenece a Lenin– logró, en algunas horas, conquistar un imperio que todavía se encontraba en estado de shock por la abdicación de su zar y desestabilizado por una guerra interminable.

Al igual que el nazismo y el fascismo, el comunismo nació sobre los escombros que todavía echaban humo del primer conflicto mundial, pero duró mucho más tiempo y realmente dio la vuelta al mundo. Esto fue así porque estaba basado en una doctrina, el marxismo, y un modelo, la Revolución francesa, lo que lo volvía más eficaz que las ideologías que se fundaban en la raza o la nación. Pero, sobre todo, porque era portador de una esperanza sin límites: esperanza en una vida mejor sobre la tierra; esperanza en una victoria de los “explotados” sobre los “explotadores”; esperanza en un porvenir radiante en el que cada uno viviría según sus necesidades y sus medios.

Esta loca esperanza nació en el norte de Rusia, en 1917. Ese año, los clamores entusiastas de los “proletarios” que habían hecho caer a una dictadura imperial particularmente injusta, decididos a construir un mundo sin clases sociales, respondieron al desaliento general que había sumergido a las poblaciones europeas después de las batallas de los Dardanelos y del Camino de las Damas. No importaba mucho que la tenue luz que inflamaba el Oriente fuese un espejismo o una llamarada: ¡había algo nuevo en el Este! Tuvieron que pasar años, incluso décadas, para que surgiera la verdad, no sin dificultades, acerca de las noticias incompletas y parciales que provenían de la patria del comunismo a la que uno de sus ex heraldos, Antón Ciliga, bautizó en algún momento, “el país de la gran mentira”.

De hecho, de Rasputín a Putin, la historia de la Rusia soviética es, en primer lugar, una sucesión de mentiras, misterios, falsificaciones, censuras, confesiones, revelaciones y secretos. Surgen de ella personajes más o menos románticos, más o menos novelescos, más o menos terroríficos, sobre los que los historiadores no han dejado de investigar, contradecirse y separar lo verdadero de lo falso.

Si se aplica este criterio, la historia de la Unión Soviética no puede compararse con el pasado de Inglaterra, Italia o España. Detrás de las fortificaciones de ladrillo rojo, el Kremlin sigue ocultando –y seguirá ocultando por muchos años– episodios furtivos, no muy bien conocidos o totalmente deformados, para que puedan aprovecharlos los investigadores, historiadores, diplomáticos, periodistas y lectores apasionados por la historia contemporánea: ¿cómo murieron Rasputín, Nicolás II, Trotski e, incluso, Stalin? ¿Cómo pudo producirse la masacre de Katyn, el pacto

germano-soviético, el golpe contra Gorbachov? ¿Cómo surgieron desde el anonimato el renegado Kravchenko, Yuri Andropov y el propio Vladimir Putin?

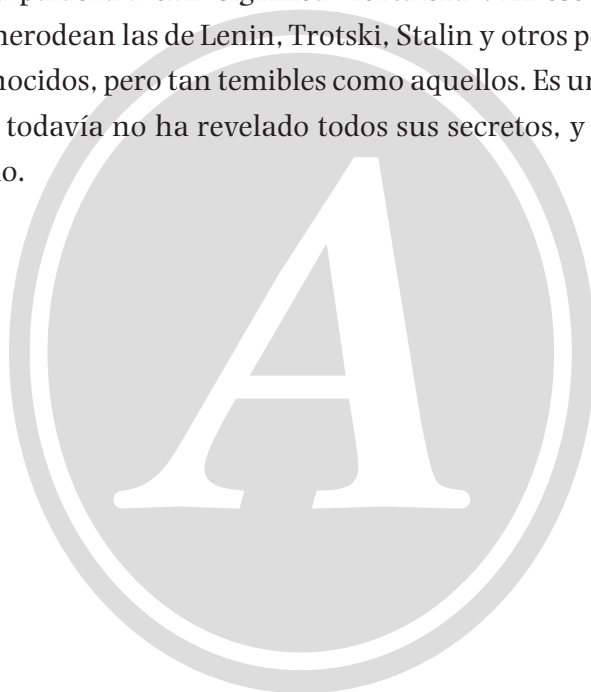
Evidentemente, este libro no pretende aclarar todos esos crímenes, los complotos y los golpes y confabulaciones que jalonaron la historia del comunismo soviético desde la caída del zarismo hasta nuestros días. Después de haber investigado los episodios más emblemáticos de esta increíble saga política, ideológica, social y cultural que, mirada de cerca, todavía no ha terminado, su intención es describirla lo más cerca posible de la verdad histórica.

El autor no se ha lanzado a este emprendimiento sin contar con algunos argumentos sólidos. Periodista especializado en la Unión Soviética y los países del Este para el diario *La Croix* de 1977 a 1984 y, luego, para la revista *L'Express*, de 1985 a 1993, cubrió en el lugar de los hechos el fin del comunismo europeo, la caída del muro de Berlín, las relaciones franco-soviéticas y la destrucción del imperio marxista-leninista. Familiarizado con los pasillos del Kremlin, de este período convulsionado mantuvo, además de la práctica del ruso, un buen conocimiento de la historia soviética, una amplia documentación personal y algunos informantes valiosos, tanto en Moscú como en los ambientes diplomáticos involucrados.

Sumergirse en la historia de la Unión Soviética cobra una vibrante intensidad en el contexto actual. A causa de muchos aspectos, la Rusia de Vladimir Putin sigue marcada por su pasado soviético, tan brutal como grandioso, hasta el punto de experimentar una real nostalgia de su poder caído y del respeto que, bien o mal, durante tanto tiempo tuvo el resto del mundo por él. En este inmenso país, tan impenetrable para el pensamiento

occidental, ¿cómo explicar que haya tantos partidarios del regreso al estalinismo?

El símbolo de esta grandeza, que domina el Moscova, es la impresionante fortaleza de murallas infranqueables, con palacios misteriosos, magníficas iglesias y torres almenadas –la más majestuosa de todas da a la Plaza Roja–: el Kremlin; de hecho, en ruso, la palabra *kreml'* significa “fortaleza”. En ese teatro de sombras merodean las de Lenin, Trotski, Stalin y otros personajes menos conocidos, pero tan temibles como aquellos. Es un lugar de poder que todavía no ha revelado todos sus secretos, y está muy lejos de ello.



# ¡Hay que matar a Rasputín!

*¿El herético mujik precipitó a Rusia a la revolución?*

“Sin Rasputín, no habría existido Lenin”.

ALEXANDR KERENSKI

Su nombre exacto era Grigori Yefímovich Rasputín. Nació en una aldea del Ural llamada Pokróvskoye el 10 de enero de 1869, día de san Gregorio, de ahí su nombre. Su padre, Efim, y su madre, Ana, lo bautizaron así en la iglesia comunal, dedicada a la Santa Virgen. ¿Era el recién nacido un regalo del cielo? Esta pareja de campesinos ya había tenido varios hijos, todos muertos de pequeños. Grigori encarnaba la esperanza de su familia, iletrada pero muy creyente, como era común en la Rusia de los zares.

Grigori no fue un varoncito modelo. Más bien enfermizo, pero peleador en la escuela, según se dice, desde muy temprano se interesó por las muchachas de la aldea. Su apellido parecía predestinado: en ruso, *rasputa* significa “individuo inmoral, inútil”. De niño ya tenía una mirada profunda, casi hipnótica, que lo convertía en un personaje extraño. Alcohólico desde la adolescencia temprana, a veces se peleaba con su propio padre y robaba el dinero que necesitaba para sus desenfrenos.

¿Sucedió después de su casamiento, cuando murió su primer hijo, o como consecuencia de una pelea que casi lo envía deportado a Siberia oriental? A los veintiocho años, Grigori Rasputín descubrió la fe. Según uno de sus principales biógrafos, el historiador

moscovita Edvard Radzinsky, dejó de beber y de fumar, empezó a frecuentar a los religiosos que se encontraban de paso y emprendió una vida de peregrino errante, que visitaba todos los monasterios de la región. Se convirtió en un *strannik*, un peregrino giróvago como los que se encontraban en los caminos de la Rusia profunda, que recorrían cientos de kilómetros a lo largo de los ríos y por los bosques, alimentados y alojados por los que deseaban ofrecerles un plato de kasha y un jergón para pasar la noche.

### EL REGRESO DE LOS “LOCOS DE CRISTO”

Desde mediados del siglo XIX, en Rusia existía una renovación de las prácticas religiosas de antaño. Desde Ucrania hasta Siberia, se encontraban cada vez más peregrinos solitarios que habían abandonado todo para rezar y predicar por los caminos, en alguna ermita austera o en simples cabañas al fondo de los bosques. Algunos eran santos; otros, de espíritu simple; otros, criminales. A algunos se los llamaba *yurodivi*, es decir, “locos por Cristo”. Solían ser incontrolables y los padres de la Iglesia oficial los miraban con sospechas. A los de más edad se los llamaba *startsya* (“ancianos”) cuando tenían discípulos, tanto en el marco de una relación individual con un hijo espiritual, como cuando atraían peregrinos que venían de lejos para consultarlos, a semejanza del stárets Zósimo al que Dostoievski representó en *Los hermanos Karamazov*, un personaje inspirado en un monje muy real, el padre Ambrosio, muerto en el monasterio de Optino, al sur de Moscú, en 1891.

Grigori Rasputín vivió en este contexto religioso con fundamentos teológicos a veces fantasiosos, en el que ciertos iluminados

estaban al mando de grupos extraños en los que se denunciaba el fanatismo: los *jlisti* (flagelantes) y los *skoptsy* (castrados), agrupados en sectas más o menos clandestinas, eran conocidos por la confusión que mantenían entre una religiosidad exacerbada y excesos satánicos a veces muy violentos. No cabe ninguna duda de que el peregrino Rasputín se haya cruzado en sus viajes con individuos como estos, que mezclaban cristianismo, paganismo y chamanismo.

En 1903, la persona a la que llamaban “hermano Grigori”, aunque no fuera monje, viajó a San Petersburgo y fue a ver al obispo con una carta de recomendación firmada por un obispo de Kazan. Pretendía recolectar fondos para construir una iglesia en su aldea de Pokróvskoye. Así fue como conoció al obispo Sergui, rector de la Academia de Teología, y a su amigo el obispo Teófano, de Poltava. Grigori tenía un físico de mujik, pero impresionaba por sus palabras poco conformistas, su sentido de la psicología y sus diferentes profecías: la más notable fue el anuncio de la derrota de la marina zarista frente a los japoneses en 1905.

Un día, el obispo Teófano llevó a Grigori a la casa de la esposa del gran duque Pedro, primo del zar Nicolás II. Esta princesa montenegrina, cuyo nombre era Militsa, sucumbió ante el encanto herético del mujik siberiano, quien empezó a frecuentar asiduamente el palacio. Militsa era amiga cercana de la zarina Alejandra Fiódorovna, nacida Alix de Hesse-Darmstadt, una alemana bastante intratable y mística que, a su vez, quedó prendada del extraño hombre de Dios con cara de asceta y ojos increíblemente penetrantes.

## UN ZAR SIN AUTORIDAD

Nicolás II estaba muy enamorado de su esposa. También era muy creyente, pero este hombre tímido y taciturno no tenía ninguna autoridad, no entendía nada de política y odiaba el poder. Fue testigo del brutal asesinato de su abuelo, el liberal Alejandro II, en 1881, y de la severidad con la que su propio padre, Alejandro III, trató a los diferentes opositores rusos antes de morir en 1894. Nicolás Alexándrovich tenía apenas veinticuatro años. Sin experiencia, formación ni carácter, el heredero de los Romanov no estaba hecho para gobernar el Imperio, especialmente en un momento de una gran oposición interna. Su mujer, su familia y su fe, un poco como a Luis XVI en Francia, lo habían absorbido siempre mucho más que los asuntos del Estado.

Al cambiar el siglo, tanto él como su esposa estaban desesperados. Ya habían tenido tres hijas, lo que no aseguraba la sucesión dinástica. Iban a consultar a todos los profetas, videntes y otros charlatanes que les proponían interceder ante el Altísimo para que les diera un hijo varón. Se sabe de varios personajes extraños que así lograron inmiscuirse en el entorno de la pareja imperial: un falso monje, probablemente no muy lúcido, vagamente vidente, llamado Mitia; una taumaturga descalza, mitad pitonisa, mitad loca, llamada Matriona; un engañoso lionés llamado Nizier Anthelme Vachot-Philippe, mitad ocultista, mitad curador, que predijo que la zarina tendría un varón y que le explicó, doctamente, cuando tuvo una cuarta hija, ¡que Dios había querido castigarla por su falta de fe! Cada una de las veces, lo único que quería la zarina era creerle al pretendido “enviado de Dios”; el emperador respetaba por amor su elección,

la familia se dividió por este tema y la policía secreta terminó por echar al intruso.

Cuando el hereje “Maestro Philippe” pidió discretamente, a su vez, volver a Francia, Nicolás y Alejandra sintieron que habían quedado huérfanos, al menos en el plano espiritual. En julio de 1903, presidieron personalmente la canonización de uno de los más grandes *startsya* del siglo anterior, Serafín de Sarov, cuya experiencia ascética –a la que hay que agregar de anacoreta, voto de silencio, estilita y reclusión– daba cuenta de una espiritualidad típicamente rusa. Muchos monjes ortodoxos rusos, hasta nuestros días, siguen refiriéndose a este gran santo desaparecido en 1833.

Entre 1904 y 1905, las pruebas por las que tuvieron que pasar doblegaron a la pareja imperial. Finalmente, Alejandra dio a luz a un varón, Alexis, pero los médicos enseguida le anunciaron a la madre una terrible noticia: el niño era hemofílico. En el plano militar, para sorpresa de todos, Japón humilló a la valiosa flota rusa: por primera vez un gran ejército europeo fue vencido por asiáticos. En enero de 1905, una manifestación obrera fue sangrientamente reprimida en San Petersburgo, lo que transformó a Nicolás II en un “enemigo del pueblo”: levantamientos y huelgas forzaron al zar a publicar en octubre un manifiesto que, a partir de ese momento, limitaba su poder absoluto.

### LAS AUDACIAS DEL “HERMANO GRIGORI”

Precisamente para esa época, el 1º de noviembre de 1905, la princesa Militsa les presentó a sus amigos Nicolás II y Alejandra Fiódorovna, en su residencia imperial de Peterhof, al “hermano

Grigori”. Más tarde, el obispo Teófano, testigo de la escena, relató este encuentro y la “impresión muy fuerte” que el perturbador “hombre de Dios” de Tobolsk produjo en la emperatriz. Rasputín era inculto, pero un buen psicólogo: quedó asombrado por el extremado nerviosismo de la zarina, que ocultaba muy mal su temor de que una revolución popular barrierá con ella y su marido. Era evidente que la primera dama de Rusia necesitaba un confesor, un gurú, un maestro espiritual. Y este sería el artero Grigori.

Fue así que Rasputín dejó el domicilio de su mentor, el obispo Teófano, para instalarse en la casa del consejero de Estado Lojtin, cuya mujer, Olga, muy conocida en la capital rusa por su encanto e inteligencia, quedó profundamente asombrada por el mujik. Este se enteró así de los rumores de la corte y, al mismo tiempo, fue y volvió varias veces de Pokróvskoye, acompañado por Olga Lojtina, extrañamente apegada a él, al mismo tiempo sumisa y familiar, abandonada a una relación que inmediatamente hizo que parlotearan los testigos de este misticismo tan sospechoso.

Desde su aldea, Rasputín trajo un ícono que representaba a Simeón de Verjoturie, un santo local que se suponía que era un taumaturgo, quien, en otros tiempos, según él, le había hecho tomar el camino de la devoción y la santidad. En octubre de 1906, tuvo el descaro de enviar una misiva al zar, redactada por su amiga Lojtina, para que lo autorizara a presentarle este ícono de poderes milagrosos. Intrigado, Nicolás II le acordó cinco minutos, pero Grigori habló tanto y tan bien, que se quedó por más de una hora en el palacio. Convenció a la pareja imperial de permitirle mostrárselo al pequeño Alexis, siempre enfermo, y el niño se calmó y se durmió tranquilamente. ¿Casualidad? ¿Hipnosis? ¿Milagro? Nicolás y Alejandra quedaron subyugados. Nunca más se

separarían del modesto ícono proveniente de Tobolsk e invitaron a este nuevo “hombre de Dios” a que los volviera a ver. ¿Acaso no les había insinuado que un día curaría a su desgraciado heredero?

Poco a poco, Rasputín ingresó en la intimidad de la pareja imperial. Jugó hábilmente con las pequeñas intrigas y enormes celos que rodeaban al zar y a la zarina. Se acercó a una joven dama de honor llamada Ania, que al poco tiempo se casó con un oficial llamado Virubov. La nueva señora Virubova, que contaba con la amistad apasionada de Alejandra, se convirtió en la principal aliada de Rasputín en la corte. La mujer simulaba ser sencilla, aunque dominaba la mentira con maestría. ¿Era sincera cuando se volvió una admiradora incondicional del misterioso confesor de la pareja imperial? Sea como fuere, se estableció una connivencia entre la joven frívola y el campesino inculto que, a partir de 1908, se convirtieron en las dos personas de confianza de la zarina.

Una proximidad de este tipo enseguida encontró la oposición de la familia del zar. Empezaron a circular rumores sobre las relaciones un tanto curiosas del stárets con las mujeres que lo frecuentaban y sobre sus vínculos con la secta de los *jlisti*, esos fanáticos condenados por la Iglesia oficial. Pero ¿cómo luchar contra la influencia de este monje que hizo desaparecer las migrañas de la emperatriz imponiéndole las manos y que logró atenuar los sufrimientos del zarévich? ¿Cómo abrir una brecha entre el zar y Rasputín cuando este, más allá de toda razonabilidad, compartía todas las fascinaciones, visiones, prevenciones y caprichos de su esposa?

## EL CAMPESINO, “ALMA” DE RUSIA

Cabe aclarar que Nicolás II desconfiaba de la corte, de sus consejeros y de Occidente. Al igual que muchos intelectuales, novelistas, pensadores y artistas a los que se llamaba “eslavófilos”, creía que Rusia siempre le debería su salvación al sentido común de sus campesinos, a la vivacidad de sus raíces, a su fe profunda, popular e ilimitada. El valiente campesino ruso, tanto el de la estepa como el de los bosques, ostentaba la verdad de ese pueblo infeliz e incomprendido. Encarnaba “el alma” de Rusia, esa realidad indefinible que se escabullía en el trabajo de sus campesinos iletrados y los rezos de sus “santos monjes”, que celebraban la gloria de Dios en los pueblos alejados o en monasterios aislados, lejos de la contaminación de la gran ciudad o del extranjero. Para el zar, al igual que para la mayoría de sus compatriotas, la salvación del Imperio provendría del interior y, seguramente no de un político o un sabio. Quizá de un monje inspirado. O de un pobre mujik que hubiese llegado de Siberia.

En 1911, Rasputín se encontraba en el apogeo de su posición favorable. En ese momento vivía en la casa de un conocido editor, Guergui Sazonov, convertido en uno de sus adeptos y que tampoco oía los rumores indecentes que corrían sobre las extrañas relaciones entre su nuevo amigo y su propia esposa. Tampoco creía en los murmullos que circulaban en la corte y que acusaban a Grigori de haberse vinculado a los grupos extremistas antisemitas que en esa época castigaban severamente San Petersburgo. En realidad, su joven e inseparable amigo, el monje Iliodor, al que Rasputín conocía desde 1908, era quien merecía estas acusaciones. Pero había quien, en la corte, manejaba la amalgama como un arma blanca.

Los detractores del “hermano Grigori” eran cada vez más. Los rumores corrían, las acusaciones volaban, la prensa publicaba artículos cáusticos. Pero la zarina defendía sistemáticamente al mujik y su imperial marido lo hacía con uñas y dientes: personajes de la Iglesia o cortesanos, todos intentaban que Nicolás II se resguardara del gurú, pero todos fueron prohibidos o alejados del palacio. Especialmente el obispo Teófilo, que acusaba a su ex protegido de “perdición espiritual” y que tuvo que exiliarse brutalmente en Crimea. Desde San Petersburgo a Moscú, se multiplicaban los rumores más alocados sobre las aventuras sexuales del confesor del zar. El hombre santo habría frecuentado a todas las prostitutas de la ciudad. Se contaba que la niñera del hijo del zar, una hermosa rubia de treinta y seis años llamada María Vichniakova, había sido violada por él, lo que luego fue confirmado. Pero cuando la joven relató sus problemas a la zarina en persona, esta no le creyó una palabra y acusó a la empleada por mentirosa.

La copa rebalsó cuando en San Petersburgo se comprendió que el zar confiaba a Rasputín temas políticos nada menores. Cuando Austria-Hungría anexó Bosnia-Herzegovina en la primavera de 1909, muchos rusos esperaban ayudar a los serbios ortodoxos, tradicionales amigos de Rusia, y Nicolás II no estaba lejos de pensar como ellos. Pero Rasputín sabía que la emperatriz Alejandra tenía un horror santo de la guerra, así que convenció al zar de no tomar las armas contra Austria, salvo que se corriera el riesgo de una derrota que pudiese ser fatal para el reino. ¡Esto superaba con creces el papel de un director de conciencia! Del mismo modo, Rasputín intervino en la designación de un nuevo alto procurador del santo sínodo –el hombre que ejerce en nombre

del zar la tutela sobre la Iglesia rusa— y, peor aún, en la del futuro ministro del Interior. Era demasiado.

## EL ASESINATO DE STOLIPIN

En septiembre de 1911, el asesinato del primer ministro Stolipin en la Ópera de Kiev causó un terremoto político. Crecieron las sospechas generales respecto de Rasputín, quien había anunciado siete días antes la “partida” de este dirigente carismático que estaba poniendo a Rusia en camino y que lo detestaba. Surgieron nuevos rumores: el gurú maléfico, que se hallaba en Kiev, ¿no sería el responsable de la falta de vigilancia que había demostrado la policía local? En esa época empezaron a circular en San Petersburgo cartas secretas robadas a la familia imperial, entre ellas una misiva enviada a Rasputín por la zarina en persona, que empezaba de un modo muy curioso: “Mi bienamado e inolvidable maestro...”.

La carta, auténtica, contenía bastantes fórmulas ambiguas como para alimentar el execrable rumor según el cual Alejandra mantenía relaciones prohibidas con su “hombre de Dios”: “No tengo más que un deseo, dormirme en tus brazos...”. ¿Invitación herética, confidencia amorosa o divagación mística? Aun así, de todos modos, ¡cuánta familiaridad y ternura hacia un vulgar mujik por parte de la emperatriz en persona, la muy respetable esposa de Su Majestad el zar de todas las Rusias!

Sin importar la tendencia política, una vergüenza sorda ganó a la población: ¿alguna vez se había visto un soberano moderno que fuera tan pasivo ante los delirios espirituales de su mujer?

La rabia atravesó todos los pasillos de la Duma, la Asamblea Legislativa que el emperador había concedido después de las revueltas de 1905. Los parlamentarios estaban francamente en contra y exigían al gobierno que impidiera que Rasputín se mantuviera en una condición en la que pudiera causar un perjuicio. Pero ¿cómo obtener el aval de la pareja reinante? Únicamente la emperatriz madre, la digna viuda de Alejandro III, se atrevía a enfrentar la ira de su nuera al exigir que Rasputín se alejara un tiempo del palacio imperial, pero nunca por demasiado tiempo.

Precisamente, cuando la familia del zar se encontró en ese día memorable de octubre de 1912 en un baile que dio en su residencia de Bielovieje, en la Rusia blanca, y en el que el zarévich Alexis cayó gravemente enfermo, Rasputín había sido alejado de la capital. Mientras los médicos se desesperaban por salvar al joven hemofílico y dejaban presagiar lo peor a la zarina, esta imploraba, mediante telegrama, la intercesión de Grigori, que respondió por el mismo medio: “Dios vio tus lágrimas y entendió tu plegaria. ¡Tu hijo vivirá!”.

Así que, para estupefacción de los médicos, de los ministros y de toda la corte, Alexis se restableció. Incluso los menos crédulos pensaron que se trataba de un milagro. ¡Con su plegaria, incluso desde lejos, Grigori había salvado al heredero de la Corona! Los detractores de Rasputín quedaron reducidos al silencio, para su gran pesar. ¿Cómo cuestionarle a una madre que manifestara tal devoción por el sanador de su hijo?

Con amplia camisa de seda color frambuesa y ceñida, botas lustradas, ancho pantalón negro, cada vez que asistía a una ceremonia oficial, como en 1913 para el tricentenario de la dinastía de los Romanov, Rasputín era materia de críticas. ¡Como era muy

alto, era imposible no verlo! El presidente de la Duma y muchos diputados se enojaban al observarlo hacer ostentación a la sombra del zar, despreciando todo el protocolo. En enero de 1914, la prensa se impresionó al ver cómo intervenía, casi a la luz del día, en el próximo cambio gubernamental. Por su parte, los ministros se quejaban porque tenían que obedecer sus pedidos en favor de tal o cual de sus cómplices.

## RUSIA EN GUERRA

El 28 de junio de 1914, en Sarajevo, el nacionalista serbio Gavrilo Princip asesinó al archiduque Francisco Fernando de Austria, con lo que incendió los Balcanes y forzó a las grandes potencias a defender a sus respectivos aliados. La guerra parecía inevitable. Rusia no podía dejar que aplastaran a Serbia sin reaccionar. Nicolás II estaba convencido de ello. Pero su esposa pensaba lo opuesto y llamó a su “amigo” Grigori para que la ayudara. Ahora bien, este no respondió porque acababa justamente de sufrir un atentado. En Pokróvskoye, cuando salía de la iglesia, una falsa mendiga llamada Jionia Gusseva lo apuñaló. Grigori escapó milagrosamente. Según los historiadores que han estudiado esta cuestión, el crimen posiblemente haya sido encargado por el monje Iliodor, el ex amigo de Rasputín que se había convertido en su peor enemigo, con la posible complicidad del jefe de la policía secreta. ¡Pero el mujik era duro y sobrevivió!

Alejandra, enloquecida por la inquietud, le pidió entonces que enviara un telegrama a su marido para disuadirlo de que Rusia entrara en guerra. El 16 de julio de 1914, Nicolás acababa de

firmar el decreto en el que se llamaba a la movilización general cuando recibió un telegrama de Pokróvskoye:

[...] Amenazas sobre Rusia: desgracias, mucha pena, nada claro, mar de lágrimas sin fin [...] Sé que todos esperan de ti la guerra, incluso los fieles, sin saber que es para su propia ruina [...] Eres el zar, el padre del pueblo, no dejes que los locos triunfen y que lleven a la pérdida a ellos mismos y al pueblo. Todo se ahoga en mucha sangre... Grigori

Nicolás II quedó helado. Él mismo llamó por teléfono al servicio de telégrafos para notificar la anulación de su telegrama de anuncio de la movilización general. El Estado Mayor y el gobierno se encontraban en medio de una catástrofe y reaccionaron presionando al zar, quien finalmente dio luz verde a la operación. El alivio fue generalizado, pero la rabia era extrema. Cuando Rasputín volvió en agosto a San Petersburgo, que acababa de ser rebautizada Petrogrado, comprobó que su aura se encontraba en el más bajo nivel. Comprendió que muchas personas deseaban su eliminación. Pero el zar había dejado la capital para unirse a su ejército, así que el único apoyo, su último recurso, era la emperatriz, a la que había aconsejado hábilmente que se pusiera a la cabeza de los asuntos del país mientras su marido hacía la guerra.

Rasputín sabía que era detestado. Se atontaba con el alcohol —algo nuevo— y multiplicaba los amores pasajeros con mujeres ligeras, acumulando escándalos y vanagloriándose, aquí y allá, de su influencia en la pareja imperial. El mujik estaba muy seguro de sí mismo. O, más bien, de la zarina, que se obstinaba en tomar en cuenta todos los rumores que corrían sobre su protegido como

pruebas de que un “santo” obligatoriamente sería perseguido por sus contemporáneos. Esta extraordinaria impunidad le permitió inmiscuirse aún más en los asuntos públicos, evidentemente en su beneficio; por ejemplo, evitó que su propio hijo fuese al frente como todos los jóvenes de su edad.

A la sombra de Alejandra, Rasputín maniobraba para que el poder quedara en sus hombres y no en personas que le deseaban el mal. Su principal enemigo era el gran duque Nicolás Nicoláievich, tío del zar y comandante superior del ejército, que prácticamente consideraba que “la alemana” y su gurú maléfico eran traidores a la patria. Pero el orgulloso militar no podía hacer nada en contra de las cartas perentorias que Alejandra enviaba sin cesar a su pobre marido. No solo le transmitía las asombrosas recomendaciones de Grigori sobre los envíos de carne, la producción de municiones o el salario de los funcionarios pobres, sino que no dejaba de prevenir a su “querido” sobre la influencia de “N”, el tío odiado, hasta convencerlo, de una vez por todas, de ocupar su lugar. Error capital que su antecesor, Alejandro I, había sabido evitar cuando dejó que el general Kutuzov, en 1812, fuese el comandante en jefe del ejército ruso que enfrentaba a Napoleón.

### EL TRIUNFO DE LAS “FUERZAS OSCURAS”

A mediados de 1915, la suerte de las armas se dio vuelta en contra de Rusia. En Petrogrado, era el momento del arreglo de cuentas, de las acusaciones maledicentes y de la búsqueda de los chivos emisarios. Naturalmente, el que estaba más a la vista era Rasputín. El embajador de Francia, Maurice Paléologue, informó en un

telegrama que un día la muchedumbre moscovita se agolpó en la Plaza Roja para exigir que Nicolás II abdicara y que colgaran a Rasputín. Pero el astuto mujik aprovechó estas tensiones internas para mover sus peones: no solo triunfó cuando el zar finalmente desbancó al gran duque Nicolás y lo envió al exilio al Cáucaso, sino que obtuvo el reemplazo del jefe de la policía (Djunkovski), luego del ministro del Interior (Chtcerbatov) y también el del alto procurador del Santo Sínodo (Samarin) por hombres que respondían a él. ¡Una verdadera revolución palaciega!

El mundo político ruso estaba anonadado. En la Duma, se creó un “bloque progresista” para luchar contra las “fuerzas oscuras” que dirigían el país, encabezadas por la zarina y su mujik que controlaban, por intermedio de cortesanos sin talento, gran parte del poder y manipulaban peligrosamente al zar. Se sospechaba que Alejandra y su guía espiritual habían querido firmar una paz por separado con Alemania, cuyo emperador, Guillermo II, era el primo hermano de la zarina. En la alta sociedad rusa empezó a imponerse un hecho empírico: había que eliminar al genio malo que llevaba a Rusia a su pérdida. Y no importaban los medios.

Pero si bien este proyecto surgía regularmente en boca de tal o cual ministro o diputado de la Duma, durante 1916, se volvió realmente consistente en el entorno del zar y dentro del alto Estado Mayor del ejército. Con el paso de los meses, los miembros de la familia imperial empezaron a preocuparse cada vez más seriamente por los rumores de derrota militar y de revolución violenta. El propio Nicolás II, si bien seguía dominado por su mujer, no desconocía lo que se decía en derredor suyo. Sabía que los grandes duques (sus tíos Constantín y Pável, su hermano Miguel, su tío Nicolás, su primo Alexandr) y las grandes duquesas (sus hermanas

Olga y Xenia, su suegra Ella) estaban sumamente preocupados por la influencia que ejercía Rasputín en la pareja y convencidos de que el fin de la dinastía de los Romanov se aproximaba a grandes pasos.

Fue allí, en el estrecho círculo familiar, a mediados de noviembre de 1916, que se tomó la decisión de asesinar a Rasputín. Los dos principales instigadores eran personas cercanas a Nicolás II. El gran duque Dimitri Pavlóvich era el primo hermano del zar. Su amigo íntimo, Félix Yusúpov era su sobrino político, ya que se había casado con su sobrina Irina. A ellos se agregó el diputado monárquico Purichkevich –después de haber pronunciado el 19 de noviembre de 1916 en la tribuna de la Duma un discurso incendiario en contra de la zarina “que seguía siendo alemana” y su “genio del mal”– y dos ejecutantes de confianza: el joven teniente Serguéi Sujotin, convaleciente en Petrogrado, y un amigo de Purichkevich, el doctor Stanislas Lazovert.

Presentado por una amiga en común, María Golovina, y con el pretexto de dolores en el pecho, el príncipe Yusúpov fue una noche a la casa de Rasputín, quien le impuso las manos y simpatizó de entrada con ese paciente especialmente seductor. Personaje elegante, fantasioso, notoriamente homosexual, diplomado en Oxford, gran jugador de tenis, Félix era el heredero de una de las familias más poderosas de la Rusia imperial. Vivía en un suntuoso palacio que hoy sigue visitándose a orillas del Moika, en el centro de Petrogrado. ¿Era totalmente sincero Rasputín cuando quedó prendado del bello Félix? ¿O bien sintió, como se dijo, una atracción física? Este incorregible corredor detrás de polleras también sabía que la esposa de Félix, sobrina de Nicolás II, era una mujer muy distinguida y bella, como las que le gustaban a él.

## UN CRIMEN ROCAMBOLESCO

Petrogrado, 17 de diciembre de 1916.\* Era casi la una de la madrugada en la calle Gorojovaia, cuando Félix Yusúpov llegó al domicilio de Rasputín y tocó a la puerta de servicio. Llevaba una chapka negra y una larga pelliza de reno. El mujik, con el cabello lacio y la barba peinada, vestido con una camisa azul con flores bordadas, un pantalón negro de terciopelo y botas altas, esperaba impacientemente al que se había convertido en su amigo —al menos eso creía— y cuya esposa, la sublime Irina, sufriente, necesitaba sus dones de curandero. Detrás de la cortina de la cocina, intrigada, la sirvienta Katia Pechorkina vio cómo ambos hombres partían hacia un lugar desconocido. Reconoció perfectamente al príncipe Félix.

Su vehículo, conducido por un chofer en uniforme que, en realidad, era el doctor Lazovert, enfiló por la calle Gorojovaia hacia el centro de la ciudad, giró hacia la izquierda, atravesó la reja del palacio de Yusúpov y se detuvo en el patio del edificio. Cuando ambos hombres ingresaron en él, oyeron en el piso música norteamericana y ruidos de voces. Félix explicó:

—Mi mujer recibe a amigos, están por marcharse. Mientras tanto, ¡vayamos a tomar té en el comedor!

Así que Rasputín tuvo que esperar un poco antes de encontrarse, como él creía, con la misteriosa y perturbadora Irina. El comedor estaba en el subsuelo. ¿Pudo imaginar el mujik que había

\* Hasta 1917, en Rusia se utilizó el calendario juliano. Después de la Revolución, el país adoptó el calendario gregoriano, que atrasa trece días en relación con el anterior.

sido totalmente rehecho, remodelado y decorado para la ocasión? La escalera era en caracol. Té, café, un botellón de vino, masas de crema, todo esto esperaba a los visitantes sobre una mesa baja. ¿Cómo iba a sospechar Rasputín que el vino estaba envenenado y que las masas habían sido rellenas con polvo de cianuro?

Como en los buenos guiones, nada sucedió según lo previsto. Rasputín rechazó cortésmente el vino de Madeira y declinó la invitación a servirse los pasteles: ¡demasiado azucarados para él! Félix se esforzó por no entrar en pánico. En el piso superior, los involucrados estaban nerviosos. Purichkevich sacó del bolsillo el revólver que había llevado por si las cosas no salían bien. La tensión subía. Felizmente, en el subsuelo, después de una hora de conversación, el invitado de Félix cambió de opinión: se sirvió un vaso de vino, luego aceptó un segundo y después comió algunas pastas con cianuro. ¿El veneno actuaría enseguida? ¿Se caería bruscamente? Media hora después, Félix seguía sin poder creerlo: Rasputín continuaba hablando, despatarrado en el sillón. Le había cambiado la mirada. Con ojos penetrantes, de manera extraña le pidió a su anfitrión que ¡le tocara la guitarra!

Ya eran un poco más de las dos cuando Félix Yusúpov, con algún pretexto, subió y anunció a sus cómplices que el veneno seguía sin hacer efecto y que habría que cambiar de método. Tomó el revólver de Dimitri y volvió a bajar la escalera. De acuerdo con el relato que se hizo luego, su invitado no parecía adivinar para nada lo que se estaba tramando y no reaccionó cuando Félix blandió el arma que iba a matarlo:

Con un movimiento lento levanté el revólver. Rasputín estaba parado delante de mí, sin moverse, con los ojos fijos en el crucifijo.

Tiré. Lanzó un rugido salvaje, bestial y cayó pesadamente de espaldas sobre la piel de oso...

Inmediatamente los cuatro complotados se movieron en el comedor, pero en su precipitación arrancaron el cable del interruptor y cortaron la luz. En la penumbra, vieron que Félix estaba parado, con el revólver en la mano y que Rasputín yacía en el suelo, ante el sillón, agonizando, con el cuerpo sacudido por las convulsiones. Salvo que el hombre, que ya había resistido al cianuro de potasio, no había entregado todavía el alma. Cuando Félix volvió a bajar al subsuelo después de haber festejado el acontecimiento bebiendo con sus cómplices, comprobó que el cuerpo de su víctima todavía no estaba frío. Agachado sobre él para tomarle el pulso, Félix vio cómo Rasputín abría un ojo, dando miedo, y luego el coloso se levantaba de pronto, con un salto increíble, y se lanzaba sobre su asesino intentando estrangularlo. Félix se liberó, enloquecido, y se fue rápidamente al piso superior:

—¡Rápido! El revólver. ¡Tiren! ¡Está vivo! ¡Se salva!

A su vez, Rasputín subió la escalera gritando el nombre de Félix con voz ronca, se dirigió hacia el patio y caminó titubeando a lo largo de la reja. Purichkevich empezó a perseguirlo y disparó, pero erró. Hubo un segundo tiro, nuevamente errado. Rasputín alcanzó uno de los portales del castillo cuando una tercera bala lo alcanzó en la espalda y luego, una cuarta, en la cabeza. Esta vez se desplomó sobre la nieve, pero sus brazos siguieron aferrándose convulsivamente al piso. Los complotados, sobre todo Félix, temblando de miedo en las habitaciones, vivían una verdadera pesadilla: ¡este hombre era el diablo!

## LA MALDICIÓN DEL MUJIK

Del otro lado del Moika había un puesto policial desde donde se oyeron los disparos. Eran las 2.30 de la madrugada. Dos sargentos se acercaron, el príncipe Yusúpov los tranquilizó primero con la mentira de que uno de sus sirvientes había matado un perro que se había vuelto loco, pero los policías insistieron. Purichkevich entonces les reveló que acaba de matar al famoso Rasputín, “el enemigo de la Rusia de los zares”, y les ordenó que guardaran un absoluto secreto... que los oficiales, evidentemente, no respetaron. Por ellos, y por sus superiores a los que debidamente se les informó, la noticia se difundió en la ciudad durante la mañana, como también los nombres de los conspiradores.

Entonces, el gran duque Dimitri regresó al palacio. Se había ausentado justo antes del fusilamiento para hacer desaparecer los restos del difunto. Esta fue, en todo caso, la tesis oficial. Con el objetivo de preservar sus posibilidades de suceder un día a Nicolás II era preciso que “las manos del príncipe imperial no estuviesen mancilladas por sangre sucia”, explicó más tarde Yusúpov varias veces: ¡un posible futuro zar no podía ser un asesino! Según los historiadores más creíbles, todo llevaría a admitir que, en realidad, fue Dimitri quien disparó las dos balas fatales. En todo caso, fue él quien se ocupó de hacer desaparecer el cuerpo de Rasputín envuelto en una tela. El día anterior, con Purichkevich encontraron un agujero en el hielo del río Nevá, a la altura de la isla Petrovski, en el límite de la ciudad. Desde lo alto de un parapeto dos sombras balanceaban al mujik en el agua negra... ¡olvidándose de lastrarlo con cadenas! Así que el cuerpo no se fue al fondo, y tampoco una de las botas del mujik que quedó sobre el hielo, en total evidencia.

No fue necesario demasiado tiempo para encontrar el cadáver helado el día siguiente. Cuando vieron los brazos del muerto levantados en alto, fijos, como si hubiese intentado liberarse en un último esfuerzo, los investigadores consideraron que el indestructible stárets estaba todavía vivo cuando lo tiraron al agua helada, después de haber resistido ya a los cristales de cianuro y a las balas del revólver. Todo esto alimentó luego la leyenda del mujik protegido por Dios, al que los asesinos, esos impíos, tanto les costó expulsar del mundo de los vivos.

Pero los discípulos del gurú difunto, sobre todo la emperatriz Alejandra, inconsolable, que a partir de ese momento pasaría la mitad de su tiempo rezando sobre la tumba del stárets, recordarían en especial la predicción formulada por aquel repetidamente: su asesinato, si ocurriese, anunciaría la caída del régimen y la muerte de la familia imperial. El futuro confirmaría esa profecía apocalíptica. Dos meses después de ese histórico 17 de diciembre de 1916, el zar se vería obligado a abdicar y abriría la puerta a una revolución en curso en la que fueron asesinados casi todos los miembros de la familia imperial. Exactamente como lo había predicho Grigori Yefimovich Rasputín.